

TRIBUNA HISTÓRICA El sábado se cumplieron cien años de la muerte de Adelina Patti, considerada la más grande cantante de todos los tiempos y la número uno en ingresos económicos. Había nacido en Madrid de padres italianos, aunque ya de niña se trasladó a EE.UU.

Patti, la española más grande de la lírica

Jesús María Macaya

DIEZ de febrero de 1843, en la madrileña calle de Fuencarral nacía la niña Adelina Patti, hija de padres cantantes italianos, actuantes en esas fechas en los teatros líricos de la ciudad. Una familia que, cuando Adelina contaba cinco años, embarcó a su destino definitivo, EE.UU. Veinte años después regresaba a su ciudad con la aureola de ocupar la cima más alta de los cantantes líricos de Europa y América. Se presentaba en el Teatro Real con *La sonnambula*, de Bellini. Hasta esa fecha no se había conocido tal expectación en una representación operística. Lleno absoluto, la élite de la sociedad madrileña en pleno, contando con la presencia de los Reyes: los precios de las entradas en la reventa sin control.

"Apenas salieron de su garganta aquellas notas tan purísimas, la concurrencia en masa la ovacionó, y en el rondó final, que cantó de una manera incomparable, los aplausos y bravos llegaron al frenesí". Adelina, como decía *El Contemporáneo*, era mujer sin grandes atractivos físicos, pero cuando se oye su voz "el genio se apodera de su fisonomía, sus ojos brillan, sus movimientos despiden magnetismo. A la segunda frase se hace dueña del auditorio que le escucha en pleno silencio".

Su triunfo confirmaba los logros del año anterior en el Covent-Garden y el Teatro Italiano de París y cuatro años antes en Nueva York. Volvió al Teatro Real en 1865 y una revista madrileña escribió el nombre de Patti resonaba en todo el coliseo, la reina de esa noche era "una seductora niña, que es un genio español". En el mismo año cantó a Händel ante 150.000 espectadores y en Amsterdam ante 13.000.

Una de las modas de aquella época era contraer matrimonio entre las divas cantantes y los miembros de la nobleza, ellas aportaban dinero y prestigio y ellos el título; en el caso de Adelina con el marqués de Caux (42 años) en 1868 y de su rival Christine Nilsson con el conde de Casa Miranda.

Nada extraño esa apetencia de los varones aristócratas. En San Petersburgo (1877), Patti llegó a cobrar 40.000 francos al mes y Nilsson 30.000. El resto de cantantes la mitad de lo de Adelina. Batía todos los records de entonces y de ahora.

Como toda figura del canto, Adelina era caprichosa y exigente. Un crítico francés dijo de ella -en el caso de la representación de *El barbero de Sevilla*- que el canto lo hacía a su antojo, alteraba la ópera con florituras, realizaba entradas y salidas a escena sin ningún miramiento y hasta "pellizcar el brazo a D. Basilio en el quinto del segundo acto".

A otra prensa declaró que en las obras repetitivas no ensayaba, las sabía al dedillo. En las



La soprano Adelina Patti.

nuevas las estudiaba al piano en su casa o paseando y ensayaba la vispera del estreno.

En San Petersburgo, el empresario tuvo que alquilar para ella doce piezas de un hotel adornadas con flores exóticas y jaulas de oro con pájaros de dulce gorjeo. En sus viajes por América empleaba un vagón lujosísimo, todo tapizado, con muebles suntuosos, piano de cola, cuarto de baño, cocina y servidumbre.

Ese estilo caprichoso lo trasladó a la vida privada. Sus escandalosos amoríos con el tenor marsellés Nicolini motivaron el divorcio en 1877, pero contrajo matrimonio con el tenor, perma-

neciendo fiel hasta la muerte de éste en 1897.

Al año siguiente del divorcio, Patti y Nicolini cantaron en el Teatro Apolo de Roma: "Ella muy decayda en su belleza, admirable de voz y de talento artístico. Él, excelente. El público, frío al principio por los altos precios, entusiasmado al final". A los cuatro meses en la Scala milanesa, "Al bajar el telón, los aplausos subieron al cielo".

Regresó a Madrid en 1880 y en *La Traviata*, sin exageraciones ni adornos de mal gusto, y sí con sentimiento y delicadeza hasta lo increíble. Su éxito -decía *Crónica de la música*- permanecerá eter-

namente en la memoria de ella.

En 1882 inauguraba la temporada en el teatro neoyorquino Wallack con triunfos en *La Traviata* y *El barbero de Sevilla* y clausuraba la del Covent-Garden con tal éxito que al final cantó el *God save the Queen* (terminó nacionalizándose inglesa).

Al año siguiente, en un paseo triunfal, actuó en Filadelfia, Cincinnati, San Luis, Chicago, Pittsburg, Washington, Boston y Nueva York. En 1884, en San Francisco, cuando llegó, se iluminaron tres mil balcones, se le ofreció un baile organizado por las principales familias de la ciudad, y en la representación de *La*

Traviata se cubrió la escena con una alfombra de camelias naturales.

En 1886 cantó en Barcelona y Valencia, si bien el éxito fue clamoroso, se empezaba a notar cierta decadencia en su voz, a pesar de contar cuarenta y tres años. Pero en Londres, en el Albert Hall, el triunfo fue grandioso ante 20.000 personas.

Decadencia

Cantó en Madrid *El barbero de Sevilla* percibiendo la cifra increíble de 12.500 pesetas (1888): "¡Que vengan calculistas a decirnos cuánto correspondió a cada corchea! Ni un pescador de caña es capaz de sacar esa cuenta", decía el crítico donostiarrá Peña y Goñi. Con o sin decadencia, sus últimas notas quedaron apagadas por los aplausos.

A finales de ese año cantaba por primera vez en el teatro de la Ópera de París (antes lo había hecho en el Teatro Italiano) con *Romeo y Julieta*, de Gounod: "¡Cómo lo dice y lo hace todo, hasta en sus menores detalles, siguiendo siempre el pensamiento del autor, confundiendo en el alma misma de la obra!".

Dio varios conciertos en el Carnegie Music Hall de Nueva York en 1893 y ya no era la Patti de hace quince años -escribía la prensa- especialmente en los agudos, pero todavía "no se han desgranado de su corona las más brillantes joyas de la reina del canto".

A partir de 1895 solamente ofrecía conciertos y en los ofrecidos en 1904 en EE.UU. se notaron síntomas de fracaso. A sus sesenta y seis años ya no podía entusiasmarse con gorgoritos ni fiarse de su garganta -escribía *La Epoca*-: "La vejez es para estar en casa, viviendo de las economías y de los recuerdos, y no para andar por esos mundos pisando escenarios nuevos y presentándose ante públicos desconocidos". Los teatros no se llenaban.

En 1908 en un palacio privado de París cantó la romanza que le dedicó Victor Hugo con música de la baronesa de Rothschild: "Si nada quieres decirme, ¿por qué te acercas a mí? ...".

En febrero de 1919 caía gravemente enferma, muriendo el 27 de septiembre en su castillo de Gales -adquirido años antes con su importante fortuna- atendida por su tercer marido, un barón sueco veintiseis años más joven que ella.

Desaparecía de la lírica universal la más grande cantante de todos los tiempos y la número uno en recibir cuantiosos emolumentos.

Es difícil conseguir tales alabanzas de todos los públicos, solamente se le achacaba que como actriz no mantenía el mismo nivel. No obstante, dos celebradas en la música no le ofrecieron su confianza: Richard Strauss por no querer representar su *Salomé* (por negarse a representar un tema religioso, era católica); y Wagner (sus composiciones, decía, no se adaptaban a su voz).